



Los jóvenes socialistas, frente a las amenazas de guerra, confirmaron su decisión de contentar a la guerra imperialista de pueblo contra pueblo por encima de las fronteras con la guerra de clase contra clase dentro de las fronteras.

RENOVACION

ORGANO DE LA FEDERACION DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

El fracaso del marxismo

En estos instantes, cuando se hacen pronósticos por todo el mundo, saliendo a la palestra política rabadanes que antes fueron sabios y filósofos que siempre fueron rabadanes, nosotros obtenemos un derecho, después de un acuerdo unánime con nuestra conciencia, para filosofar a nuestro estilo de buena española que de todo habla, aunque de nada entendamos.

Nadie debe alarmarse del comentario, porque no acostumbramos a hacer como el lechazo de Unamuno: negar y afirmar a un tiempo; ni tampoco a hablar de un régimen de hipótesis, como uno de los Ortega — el sabio, no el tonto —. Nosotros tenemos que lanzar una frase atrevida, como últimamente hace el gran estadista Sánchez Rivera, ministro franquista del republicanismismo: **Ha fracasado el marxismo!**

Evidentemente, terminó su misión en el mundo porque no se cuidó de las formas externas, sino que cultiva el cerebro de las gentes, hablándoles de igualdad, cosa que, poco a poco, desplazó del pensamiento humano el culto debido a la belleza de sus propagadores. ¿Por qué va triunfando el fascismo? Por lo contrario del marxismo. Porque no cultiva el pensamiento, sino que pincha el estómago y busca para la propaganda «hombres bonitos» que hagan estomacosa a las damas jóvenes, que necesitan tener siempre en su alcoba la imagen del bello creador del imperio de la camisa de color para pensar las locuras que harían si el original les dedicara un momento.

Parece ser que el fascismo español encontró su Narciso en la figura de Antonio Goicoechea, el de anchas posaderas, aquel que cuando fue ministro desde el banco azul hacía posturas que eran el delirio de los jóvenes «mitad y mitad». Hombre de línea rígida, de anchas cadenas, y que ahora ondula su pelo con los mecanismos modernos, presentándose en público con una mano en la cadera y la otra en la comisura de la boca, para que los fotógrafos enfuquen «sus objetivos» y sus fascistas juveniles exclamen: «¡Todo por él!»

Esto es lo que hizo fracasar al marxismo: la brusquedad aparente del creador de la doctrina; porque querer hacer adeptos entre los niños bien con un retrato de Marx, de recia pelambrea, frente despejada y un fundamento en los principios, era vana ilusión, porque no tenía elegancia para llegar a los salones de la aristocracia, sino que más bien prendería en la masa trabajadora. (Por eso Sánchez Rivera proclama el fracaso del marxismo.) Hacer propagandistas guapos es la tesis del fascismo. Por eso tiene gran ascendente entre el elemento femenino de uno y otro sexo, cosa que hemos descuidado nosotros porque creímos que lo necesario era tener sentido común, denegado constantemente por el enormemente elegante Sánchez Rivera. ¿Qué importa que Prieto, Caballero, etc., tengan grandes condiciones para la gobernación del país si lo que se precisa es línea, cara redonda de efecto y modales distinguidos? El marxismo fracasa porque propagan sus ideas hombres hechos y derechos, siendo necesario para triunfar actuar como parece ser que quiere hacerlo Goicoechea y compinches: en camisa.

La propagandista catolicofascista Urraca Pastor se une al canario Juanito para constituir la pareja de bellezas que se presentarán en público con la clásica camisa. ¿Enorme éxito para el fascismo! Trabajando el matrimonio espiritual en ropas menores, como dos títeres del conjunto, para pulverizar al marxismo, que sólo hombres de poca elegancia produjeron. ¿Cómo iba a triunfar en el mundo a la operación del terceto de bellos que hoy usan gentes en Europa: el bello Benito, el bello Adolfo y el enormemente bello Antonio Goicoechea?

No podemos rectificar en el camino emprendido, y reconocemos el fracaso, porque será una equivocación, pero es norma fija crear hombres que lo sean y mujeres que sean del género femenino, con autorización de la Urraca y del canario, que saben ser de todo, como las chicas de pueblo que alquilan su trabajo por poco precio con el letrero: «¡Ofrecese chica para todo!»

Coincidiendo con el caballero de hongo y botines que en vida se llamó Sánchez Rivera, proclamamos el fracaso del marxismo. Pero, ¿qué hemos de hacerle!, hicimos promesa de conquistar conciencias, habiéndolo conseguido, aunque reconocemos que se triunfaría absolutamente si se adoptara la teoría de Urraca Pastor y Antonio Goicoechea: sosteniendo a espaldas con la clásica camisa.

Nuestros propagandistas piensan de modo distinto. Por eso la masa trabajadora nos sigue. ¿Apañados estábamos si hicieramos parejas de esa especie!

Cada uno en su sitio. Nosotros, donde la Naturaleza dijo. Ellos, actuando contra las leyes de la misma. ¿Hemos fracasado? Lo sentimos por ellos, porque ¿no sentís el ruido de nuestras carcajadas?

Cándido PEDROSA



NAZI: Pájaro bobo, o, mejor dicho, idiota, importado de no se sabe dónde por una tal D.ª Urraca. Es completamente inofensivo, y muy difícil de adaptarse al clima de España; suele morir de moquillo o gastroenteritis.

El monumento al Corazón de Jesús

Como con un desafío al laicismo de la República española se alza en Bilbao, y en plena vía pública, el monumento al Jesús de la disuelta Compañía. Efectivamente, Jesucristo, desde su alto pedestal, no se acomoda con nadie. Muy por el contrario, en actitud siempre pacífica, con un gesto bondadoso muy en consonancia con su proceder por los tiempos que visitó nuestro lacrimoso valle, enguarra serenosamente las frentes de los charretones con que tan prodigamente nos obsequia la Naturaleza en esta querida provincia del «xixismo» y de la cruz.

Muchas veces, en verano, hemos creído oír su voz, que desde la altura parecía suplicar le aligerasen de su bronceada túnica, y muchas veces hemos pensado temeraria una sonata que le guarneciese de los inclementes rayos solares, capaces de acabar con el dorado de su vestimenta... ¡Pero qué podemos!

Pero he aquí que nuestro Municipio determina llevar a la práctica el sentimiento eminentemente laico en que se inspira la Constitución española, y determina, por mayoría, sea retirado a la vista de la civilización un artefacto que, además de no cumplir ningún fin práctico, es una provocación al sentimiento liberal del país.

Los de la paz, el orden, la familia y otras muchas cosas de estas incon-fesibles ponen el grito en las nubes, pidiendo al Señor que castigue a los herejes...

Al pie del monumento se reúnen todas las beatas «en paros», en adoración a la montaña de piedra y bronce con pretensiones escultóricas, en igual forma que nuestros antepasados adoraban un becerro de oro o una rebolleta. Pero sus oraciones, o no llegan al cielo, o «Jaungoikoa» es víctima de alguna sordera crónica, puesto que cuando los de «asaltos, verga en ristre, se disponían a disolver aquel como altar de campaña, y todos esperábamos que la acción divina haría paralizar sus músculos, nuestra sorpresa llegó al límite de lo inverosímil al comprobar con asombro la velocidad con que huían dos beatas, inspiradas quizá en aquel hermoso refrán de «Fiate de la virgen y no corras...»

Por lo visto, tampoco confían en que se repita el caso de Babel con la confusión de lenguas. Hay que reconocer que estos son otros tiempos, y, además, el esperanto...

Ante el fracaso obtenido por la vía celestial, han establecido un cambio de táctica más práctico, más terrenal y más canalla.

El dinero, «su» dinero, es el resort. Y se lanzan contra las Cajas de Ahorros, bases del Municipio garantizadas por él, retirando sus capitales. Su propósito de vengar el presunto agravio está muy en contraposición con sus doctrinas de humildad; pero ello no es un inconveniente.

Su fin práctico hubiera sido dejar sin pan a algunos ancianos pobres, sin cama a muchos enfermos, sin escuelas o sanatorios a muchos niños que viven al amparo de las instituciones creadas por esas Cajas de Ahorros. El Banco de España ha intervenido, dando al traste con los criminales propósitos de quienes toman el cristianismo como banderín que encubra sus bajas pasiones, y bajo cuyas teorías de resignada humildad, que solamente causan el efecto de su espejismo en las conciencias incautas, no reparan en realizar las más bajas maniobras, delatadoras de sus rastreros sentimientos, que se manifiestan en el odio a muerte para quienes no doblegaran servilmente su voluntad a los deseos de dominio, único sentido que movió a sus cerebros en la organización de las doctrinas del cristianismo.

Con la abolición de la esclavitud se consiguió en parte la redención de la carne. Con la abolición de los mercantilizadores de la fe se conseguirá la redención de las conciencias.

J. LOT NUREZ

Bilbao.

¡Jóvenes socialistas!

¡A por los "nazis"!

El concepto de la lucha de clases

Otra vez he hablado, en una conferencia inaugural de estos cursos, del modo como creo yo que debe interpretarse el tan discutido materialismo de la Historia. Hoy quiero hablar de otro concepto, quizá más discutido, o, por lo menos, tan discutido como el materialismo de la Historia: el de la lucha de clases.

Vosotros, conoceréis ejemplos de personas que dicen esto que a mí me parece un perfecto contrasentido: «Yo admito el Socialismo; pero sin lucha de clases.» No dices, hay personas que hasta tal punto se niegan a reconocer la realidad de la lucha de clases, que no solamente la niegan como teoría, sino que la niegan como hecho social. A estas alturas, después de los años de combate que llama la clase trabajadora, realmente no debe merecer la pena de esforzarse por demostrar — presentando los hechos ante los ojos de los que no quieren ver — que existe, en realidad, una lucha de clases. Habríamos de manejar todo género de estadísticas, y a los que no se han convencido ya no los convencemos, porque es que no se quieren convencer. Pero nosotros, ante esta negación del hecho de la lucha de clases, de la existencia real de la lucha de clases, podemos ampararnos no en nuestros propios juicios, sino en los juicios de pensadores que están muy lejos de asentir a nuestras afirmaciones.

Hace pocos días, precisamente, leía yo en un libro de un gran pensador norteamericano, Dewey, que se titula Naturaleza humana y conducta, las siguientes o muy parecidas palabras. Decía, aproximadamente, Dewey estas palabras: «Yo no conozco nada más horrible que esa desvergonzada afirmación de que no existe la lucha de clases, cuando la hacen las personas que ocupan un puesto preeminente en la sociedad; cuando niegan que existe la lucha de clases los que ocupan el Poder y tienen todos los resortes de la fuerza en sus manos; cuando afirman que no existe la lucha de clases aquellos hombres que, por tenerlo todo, creen tener hasta el monopolio de las ideas morales, y que no dudan, cuando su egoísmo no se encuentra plenamente satisfecho, en usar todos esos recursos de la autoridad para someter a los hombres que ellos explotan.»

Es verdad. La negación sistemática de la existencia de la lucha de clases por los que la provocan, por los que la mantienen, por los que la hacen más cruel, es un acto de atrevimiento, a estas alturas, que ya cae fuera de la discusión y que requiere solamente una mirada de desprecio, para seguir después adelante el curso que nos ha trazado la Historia. Sólo es digno de recordarse en la literatura cabotina que la observación y el estudio del hecho de la lucha de clases han producido, probablemente el trabajo más notable, el libro clásico, el que ha descrito con caracteres más vibrantes, profundos, llenos de emoción, la lucha de clases, hasta el punto de que hoy en los discursos de propaganda son fragmentos de ese libro frases de ese libro, palabras de ese libro los que constantemente se manejan, es la obra, conjunta en la historia de la literatura socialista, titulada La situación de la clase obrera en Inglaterra, por Federico Engels. Engels, siendo aún muy joven, pero después de haber recogido valiosas observaciones en el cultivo de actividades económicas y en el ejercicio de la labor de publicista, se trasladó el año 1845 de la ciudad de Barmen a la de Bruselas para ponerse en contacto con Carlos Marx, llevando en la maleta como base de discusión para llegar a dilucidar los puntos oscuros que él entreveía, la obra, ya hecha, prologada y firmada en aquel año, que se titula La situación de la clase trabajadora en Inglaterra. Engels eligió la descripción de la clase trabajadora en Inglaterra no por otra cosa sino porque fue la inicial dentro del capitalismo, porque fue la típica, porque fue la que dió el sello y señaló la pauta y la norma que había de seguir la lucha de clases en los demás pueblos.

Os decía antes que la descripción que hace Engels de la lucha de clases en Inglaterra es la más emocionante de todas; pero Engels no se proponía sólo conmover los espíritus, emocionar a las gentes; Engels se proponía penetrar en el estudio del capitalismo, en las causas engeadoras del capitalismo y en las consecuencias que el capitalismo produce. Engels quiere hacer, de este modo, una crítica de la economía burguesa; quiere echar el fundamento de la doctrina socialista, y, sobre todo, quiere ofrecer — y son, aproximadamente, sus propias palabras — un suelo firme para que en él se asienten las ideas socialistas y dejen de flotar en las nubes, como ensueños y fantasmas propios de un Socialismo utópico e irrealizable.

Como antes os decía, las afirmaciones y las descripciones de Engels se han convertido en tópicos usuales de la propaganda. Todo cuanto los propagandistas socialistas dicen acerca del efecto de empobrecimiento de las masas que causa el capital, de la expropiación de los artesanos para convertirlos en proletarios, que no tienen más medios de sustento que sus brazos; todo lo que en las propagandas se manifiesta con tanta justicia acerca de este tormento de la inseguridad permanente en que el obrero vive — porque, según Engels, cuando se lleva un pedazo de pan a la boca no tiene nunca la seguridad de que volverá a poderse llevar mañana —; todo lo que se dice de las crisis de trabajo, que cuando más esperanzas se pueden concebir respecto a la prosperidad de una industria llega el instante en que se cierra una fábrica y quedan tantas y tantas familias en la miseria; todo lo que se dice acerca del efecto desmoralizador del capitalismo en la familia obligando a ganar un jornal, por insuficiencia del del padre, a la mujer y a los niños; todo lo que se dice acerca de los efectos del alcoholismo, de la deshumanización de las gentes, de la rudeza, de la desesperación que se apodera de la clase trabajadora tratada de este modo y sufriendo estas lamentables consecuencias: todo eso tiene una base tan incontestable de realidad, que encontró su primera y más justa forma de expresión en las páginas del gran libro de Engels a que me vengo refiriendo. Pero sería un error pensar — y yo no quiero inducir a ese error — que Engels fue el primero que trató y describió la lucha de clases. Fuera del campo de los ideas socialistas hubo, especialmente en Inglaterra, hombres que, conmovidos por los resultados funestos del desarrollo del capitalismo, describieron también este fenómeno. Lo que distingue al libro de Engels de los trabajos de esos precursores suyos es, principalmente, el análisis, la crítica, la descomposición de los elementos que componen este sistema de organización económica y social que caracteriza a la sociedad burguesa y que da lugar al desarrollo del proletariado. Mas ¿en qué se funda la posibilidad de que Engels tuviese una mirada tan penetrante y llegase a profundizar tanto en la apreciación de la naturaleza de este hecho de la lucha de clases? Ese mismo fenómeno social se presentaba de una manera vulgar ante los ojos de personas dotadas de una cultura distinta e inferior a la de Engels. Ante los ojos de éste tomaba una profunda significación ideológica. Tengo que llamar vuestra atención — porque así lo exige la necesidad de la comprensión de estos temas — acerca de una verdad que, poco a poco, va pasando al dominio común, aunque, en un principio, haya tardado mucho en ser reconocida, y es que las cosas que se producen en la Historia, los fenómenos sociales, como todos los fenómenos del mundo, no los ven igualmente todos los que tienen ojos, sino que tienen una significación mayor o menor, según que el causal ideal, según que la cultura del que mira, sean más grandes o más pequeños. Si por tener los ojos limpios, claros y penetrantes se comprendieran más, se vieran más, se profundizaran más las cosas, una gacela, que tiene los ojos más hermosos que un

hombre, vería más que un hombre; pero el hombre, aunque tenga unos ojos menos hermosos que la gacela, ve más cosas en el mundo que ésta.

Un hombre sin cultura, sin ideas que sirven para interpretar y descubrir la realidad, no ve la realidad, o la ve pobremente. Un hombre con ideas, con cultura, al ver la realidad, la llena de contenido. Porque Engels tenía el espíritu nutrido de grandes ideas, es por lo que pudo ver de una manera profunda el hecho de la lucha de clases. Su cultura de Engels era, en parte, una cultura económica; pero, en parte también, era una cultura general científica, y muy especialmente una cultura filosófica.

Yo no sé cómo Engels fue llevado a las preocupaciones filosóficas: si por un movimiento espontáneo de su espíritu, o si por la influencia de Marx; pero es indudable que todos los escritos que venía dando a la luz pública Marx en publicaciones diversas — como el Anuario Alemán, La Gaceta del Rhin y el Anuario Francoalemán — llevaron la atención de Engels hacia problemas fundamentales filosóficos. Porque Marx tuvo una educación eminentemente filosófica, que él mismo se formó en la escuela filosófica predominante en la Alemania de su juventud, era en la escuela del gran pensador Hegel, y la crítica y la discusión de las ideas hegelianas llegaron a constituir para Marx un caudal filosófico del cual participaba también Engels, y que sirvió a estos dos hombres para formar esta concepción del Socialismo científico, a la cual tanto deben las masas.

En este momento es en el que yo siento, especialmente, los temores de que os hablaba al principio de mi disertación, porque llegamos a un punto en que es preciso tratar de ideas de carácter filosófico que la atención de los socialistas a veces ha desahogado, aunque con notoria injusticia.

Julian BESTEIRO

Comentario breve

Termino de leer RENOVACION, y en él también acabo de leer el pequeño artículo titulado «Dictadura proletaria», en el cual se comenta y se apunta la situación de la política internacional en relación con la democracia burguesa, viniendo a coincidir el punto de vista del citado artículo con mi modesto parecer.

Basta para daros una cuenta de todo ello lanzar una mirada a través del mundo capitalista, y sacaremos la consecuencia de que dentro de la democracia no se puede escalar la cúspide del Socialismo, porque las constantes reacciones de la clase dominante lo impiden. Y para demostrar la certeza de nuestro aserto se ve claramente, y que no deja lugar a dudas, el caso de Alemania. En Alemania, con su perfecta democracia y con la paz con que cuentan el Socialismo y los Sindicatos obreros de este país, ha logrado subir al Poder la horda repugnante del fascismo, pisoteando la Constitución e implantando el más repulsió absoluto y declarando guerra sin cuartel a la masa obrera organizada bajo los postulados del marxismo.

En todos aquellos países en que esté estampeada en sus leyes fundamentales la libertad como forma de gobernación de los mismos, y en los cuales el Socialismo toma parte activa en la política, solamente observamos que éste sólo ha logrado adquirir fuerza atrayendo bajo su bandera a una gran parte del proletariado — esto,

ineficientemente, por ser el único ideal de su dicha y bienestar —, pero sin ver por parte alguna las posibilidades de su victoria definitiva sobre la clase capitalista. Esta se resiste a morir, aunque para ello, para dilatar su existencia, tenga que aumentar el dolor de sus víctimas. La burguesía reacciona en su orgullo y de un golpe troncha la vida de un régimen democrático, volviendo a poner en práctica formas anticuadas de gobierno, dando de esta manera hacia atrás el avance arrollador de la masa proletaria.

Esto muy bien RENOVACION en el artículo arriba citado: «No son dictaduras reaccionarias las que se precisan, sino dictaduras del proletariado que renueven las fórmulas de la economía, sin cuya renovación es imposible la resolución de los problemas actuales. Esta es, pues, la única forma de dirección de los pueblos ante el laberinto social a que llegó el capitalismo.»

Las democracias burguesas deben tocar a su fin para dejar el camino expedito a la única forma de gobierno más perfecta y suprema: la dictadura proletaria, que será la encargada de organizar la verdadera economía socialista y de aniquilar, de una vez para siempre, esta odiosa organización social.

No más poemas que canten las excelencias de la libertad burguesa, pues ésta sólo sirve para preparar y educar revolucionariamente a la masa obrera; pero el Socialismo no lo puede adoptar para la construcción del mismo.

Secundino MONTES

Huerta de San Andrés.

Socialismo científico

Hay un abismo entre el método de los utópicos y el del Socialismo científico. Saint-Simon fué el primero en inaugurar este método, que consiste en demostrar que la evolución histórica llevaría necesariamente a una nueva organización de la sociedad. La sociedad, al desarrollarse, cambia el principio mismo de su organización. Nuevas fuerzas sociales surgen y, poco a poco, reorganizan, según su imagen, la nueva sociedad. El nuevo orden reemplazará al antiguo no solamente porque es mejor y más apropiado a la satisfacción de las necesidades humanas, sino especialmente porque constituye una etapa necesaria de la evolución histórica. La antigua sociedad contiene en sus entrañas un nuevo orden de cosas que la reemplazará. Marx ha dado a esta fórmula abstracta un desarrollo concreto. Ha analizado la producción capitalista y su contradicción, que llegará, según él, a una reorganización de la sociedad. Ha proclamado al proletariado como la fuerza histórica creadora de un nuevo orden de cosas y el enterrador de la sociedad capitalista.

La sociedad socialista deja de ser una invención, el pensamiento general de un individuo determinado; será el producto de la Humanidad en marcha. Este método hace entrar al Socialismo en la concepción general del mundo sometido a las leyes de la evolución.

Es, pues, como método, eminentemente científico. Hace del Socialismo un caso especial de la evolución general, base de la ciencia moderna. Se funda sobre los hechos y nada más que sobre ellos. Si el ideal que preconiza es, a. por la naturaleza de las cosas, proyectado sobre el porvenir es porque el análisis de toda evolución conduce necesariamente a determinar una dirección en un sentido determinado. Una evolución sin una dirección determinada es un contrasentido. Una acumulación progresiva de las fuerzas hace prever una explosión o una transformación cuya naturaleza

está determinada por la de las fuerzas en acción.

La diferencia de principio que existe entre el método de los socialistas utópicos y el del Socialismo científico nos da el derecho de designar a este último con un nuevo nombre. Si la cosa es nueva, el nombre debe serlo igualmente. Y como este método exige que no se tenga en cuenta más que a los hechos, el título de científico está bien aplicado. Incluso si los hechos invocados por algunas escuelas socialistas que se sirven de este método, aunque erróneamente, están sujetos a comprobación, el método no pierde por ello su carácter científico. El método inductivo inaugurado por Bacon no ha perdido su valor científico porque sus propias limitaciones en Física hayan resultado falsas.

El Socialismo se convierte en científico cuando aparece como una consecuencia necesaria de la evolución histórica, cuando ha demostrado que en el curso de la Historia nuevas fuerzas, obrando en una misma dirección, deben conducir a una transformación social en sentido colectivista o comunista. Para probar que el Socialismo, como doctrina, no puede llegar a ser científico se tiene que probar que la evolución histórica tiene una dirección contraria al Socialismo, o que la determinación del sentido de la evolución, por la naturaleza de las cosas, es imposible.

Admitiendo que la forma de la sociedad actual no es eterna y que una forma nueva es imminente, debe admitirse al mismo tiempo que existen elementos de esta nueva forma de sociedad. La naturaleza de la evolución lo exige; el porvenir debe tener sus comienzos en el presente y en el pasado. Quien dice evolución dice continuidad de desarrollo. Dicho de otro modo, el pasado engendra el presente, y el presente, es decir, la totalidad de las fuerzas objetivas y subjetivas, fuerzas humanas y fuerzas naturales, debe estar pleno de porvenir.

Política internacional

DE LOS PAISES DE EUROPA OCCIDENTAL

El imperio japonés se ha decidido, por fin, a romper las amarras que aún lo retienen sujeto al pacto de la Sociedad de Naciones y a lanzarse abiertamente por la senda de la guerra. No es una acción que pueda extrañarnos en lo más mínimo, porque ya hace varios meses que el Japón andaba bordeando el juicio y abusando del armisticio justificado de la Sociedad. El informe Lytton lo prueba suficientemente. Pero como la Sociedad gubernativa había llegado, a pesar del ritmo retardado que pone a sus discusiones, a la conclusión de que la ocupación de Manchuria era un ataque injusto a la independencia china, ha adoptado esta resolución, que lo obliga irremediablemente a una abstención de la intervención armada. La guerra que ya se había entremetido virtualmente de las regiones manchurianas, recobrada con ello su investidura jurídica. Los soldados japoneses y chinos podrán, por fin, respirar tranquilos. No van a morir, sin pena ni gloria, en una acción de policía. Si ahora sucumben lo harán en una guerra de verdad, con una mayor gloria; pero también con una pena mayor. Ya los japoneses han comenzado las operaciones para conquistar la provincia de Jehol, y los chinos se aprestan a defenderla. Mientras tanto, será conveniente que fijemos nuestra atención en la Sociedad de Naciones, que nos va a ofrecer la oportunidad de la aplicación de las sanciones establecidas en el pacto de su constitución. Sanciones de carácter marcadamente económico, como lo son los móviles, que han empujado al imperialismo japonés a buscar territorios de expansión donde la novel industria nipona encuentre mercados. La Sociedad de Naciones va a entrar en un nuevo período de su vida al contrastar prácticamente la eficacia de sus resortes represivos. Sin embargo, hemos de considerar que los encargados de aplicar los acuerdos de la Sociedad son los Estados, y que los principales representantes de éstos adolecen del mismo defecto por el que el Japón ha salido de ella: el imperialismo económico.

Los Gobiernos de las grandes potencias, tanto de las democráticas como de las autocráticas, los reaccionarios al igual que las izquierdas burguesas, tienen un punto común, que es el afán de absorción de nuevos mercados, de nuevos capitales, de nuevas fuentes de riqueza. Por ello hemos de esperar con interés la fórmula de la Sociedad de Naciones, según, en último término, por intereses iguales a los que han guiado a los japoneses a separarse de su seno y a emprender abiertamente la guerra en la provincia china de Jehol.

LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA. CONTRA EL FASCISMO

En un acto celebrado recientemente, el líder socialdemócrata Loebe ha anunciado el propósito que abrigan nuestros camaradas alemanes de luchar por la conquista íntegra del Poder. Esto significa dos cosas. Primero, la declaración franca de guerra sin cuartel a la reacción fascista que ahora ocupa el Poder. Segundo, el viraje del Partido Socialdemócrata hacia las posiciones primitivas, con el consiguiente abandono del bando revisionista y reformista que hasta ahora ha lastrado y neutralizado su espíritu revolucionario. Guerra franca contra el fascismo; conquista íntegra del Poder. Un gran programa que exige, si se le quiere llevar a la práctica, la ruptura con casi todo lo que ha sido consubstancial con la Socialdemocracia alemana, atada hasta la raíz del microbio reformista. No tenemos una conjanza ciega de que así suceda; pero hacemos recalcitar como moscas las palabras de Loebe. Nos responden a un pensamiento decidido a afrontar la revolución. Porque, por otra parte, la Socialdemocracia, con todo su espíritu revisionista, es más capaz de hacer la revolución que no el partido comunista, movido exclusivamente al dictado de los caciques moscovitas.

Allende las fronteras...

Existe un sector de prensa que denigra a España. Aquí, en España, existe otro sector de prensa que lo aplaude.

La prensa derechista española siente una maizana alegre cuando «The Times» o «Morning Post» rompen alguna lanza en ataque innoble a la joven República.

¡Pobres! ¡Qué le vamos a hacer! «A B C», «El Debate» y «La Nación» se sienten íntimamente conmovidos si un periódico derechista extranjero, en brioso artículo o inexacta información, aspira a contribuir al rescate de la libertad individual, secuestrada por este Gobierno impío. ¡Ay, mi Jesús, y qué pronto asoran a sus ojos las lágrimas del terno agradecimiento!

Sin duda alguna, olvidan sus agresivos comentarios a las leyes más fundamentales promulgadas por las Cortes republicanas, en nombre de una libertad que niegan; sin duda alguna, olvidan a su favor sus ataques descarados, crudos y descarnados al Gobierno, en nombre de la libertad; ¡infeliz libertad, mancillada por el aliento de los que le alzan como estandarte para ocultar sus ilegalidades y se pliegan como bandera a quien se prohibe oadear su llama o su palidez al viento para después alegar!

Pero, allende las fronteras, los pueblos también saborean lo dulce o amargo de sus problemas y después todavía les queda un rato para entrar en el estudio de los nuestros, de la misma forma que nosotros comemos los suyos al juicio crítico que nos sugieren.

Es lógico que «The Times» o «Morning Post» se hagan eco de las insidiosas campañas contra el régimen republicano por las derechas españolas. Es lógico que las derechas españolas se hagan eco de las campañas que los Estados capitalistas realizan contra el mundo obrero de Rusia. No es ningún absurdo que la Italia fascista impida que a sus dominios llegue el ambiente que respiran los pueblos que han roto con los tronos hereditarios, llenos de prejuicios ancestrales y vicios atávicos, legados miserablemente por la realza, que, al morir, sentían incapaz de enterrar consigo las miserias de su alma y, en el último estertor, se las transmitía a su heredero. No es extraño que la burguesía británica observe una actitud hostil ante el avance de nuestra democracia, ni que en la vecina Portugal la dictadura de un Cermona prohíba a los periodistas librepensadores glosar nuestros instantes gloriosos, ni que en la vecina República francesa haya más reservas y asperezas de las que debiera haber y menos efusión y cariño de los que debieran existir.

Mas, allende las fronteras, del mismo modo que existen unas derechas, una burguesía, un capitalismo — intrínsecamente con todo lo que significa progreso —, existen también unas izquierdas más fuertes, más potentes y poderosas que siguen paso a paso nuestro movimiento, que nos invitan con afectuosas alusiones a que avancemos en el camino emprendido y respetuosamente nos citan como ejemplo por nuestro espíritu civil en sus propagandas.

En Italia hay un número prometededor de estudiantes que se rebelan al dictador cuando éste quiere obligarlos por medio de una ley a que presten juramento de fidelidad al régimen oprobioso que repugna a sus conciencias. En Portugal vemos al periodista honrado, errante, fugitivo, declarando, en brillante y rebelde artículo, el verdadero estado de su país, aunque sabe que su vida peltrea, que el infortunio te aguarda y que, eterno peregrino de su rebeldía — con la pluma en el bolsillo a guisa, de piqueta demoleadora —, muy raras veces entibia su cuerpo el mismo lecho, estrecha la misma mano amiga que le dió albergue y admira el bello paisaje de la misma ventana.

Esto revela que existe un inmenso pueblo de trabajadores, de artistas, de hombres cuyo espíritu selecto detesta las opresiones. Por esto, y porque saben que cuando los oprimidos, puestos en pie de guerra, se disponen a prostrar en el lienzo de la realidad sus ilusiones no reconocen límites ni fronteras, es por lo que el capitalismo audaz se aña, se desoliza por la senda de los inconfesables contubernios y se hace eco de las versiones difamatorias que, imponentes, se estrellan en la coraza de los Gobiernos democráticos.

El edificio capitalista se desmorona; en el caso de su vida quiere hacer un alarde de poderío, y ese poderío no llega a más que a la implantación de alguna que otra dictadura, y esas dictaduras, que imponen el silencio por la violencia, son el último resplandor, más resplandor por ser la última llama rauda, viva, luminosa, de una pobre luz que se apaga.

Angela CASTANEL

Córdoba.



